

MAR PETRYK

EL

HAY SONRISAS

PECADOR

CAPACES

DE

DE MATAR

OXFORD

MAR PETRYK

EL

HAY SONRISAS

PECADOR

CAPACES

DE

DE MATAR

OXFORD

 Planeta

Mar Petryk

El pecador de Oxford / Mar Petryk. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Planeta, 2022.

512 p. ; 23 x 15 cm.

ISBN 978-950-49-7595-3

1. Narrativa Argentina. 2. Literatura Juvenil. I. Título.
CDD A863.9283

© 2022, Mariana Janet Petrykiewicz

Todos los derechos reservados

© 2022, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Publicado bajo el sello Planeta®

Av. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.

www.editorialplaneta.com.ar

Diseño de cubierta: Departamento de Arte de Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

1ª edición: mayo de 2022

5.000 ejemplares

ISBN 978-950-49-7595-3

Impreso en Gráfica Triñanes,

Charlone 971, Avellaneda, Pcia. de Buenos Aires,

en el mes de abril de 2022

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723

Impreso en la Argentina

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor.

Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446 de la República Argentina.

PREFACIO

CASADA CON EL DIABLO

El primer relámpago baña en plata la iglesia, la tormenta no tarda en desatar su furia.

Lo siento en los huesos, algo está por cambiar esta noche.

Juego con las sombras siguiendo sus pasos. Mis piernas son mudas, lo único que se oye es el miedo que camina a mi lado.

Me escondo detrás de una columna, el pulso galopa en mis oídos. Asomo el rostro, el verano y la adrenalina humedeciéndome la piel.

Busca algo en su pantalón, se agacha y abre la puerta que lleva al sótano.

Una brisa gélida me adormece el cuerpo cuando su mirada apacible recorre la estancia antes de bajar.

Espero sintiendo los minutos acumularse en mi garganta, asfixiándome.

La imaginación atándome al potro de tortura.

La pequeña puerta en el piso se abre y allí, entre las sombras anaranjadas de la vela que lleva en la mano, está él. Tiene el cabello alborotado y la camisa desabrochada. Se dirige al baño, llevándose la luz y la esperanza.

La furia actúa como un impulso eléctrico que me obliga a descalzarme y correr hacia el sótano.

Bajo dispuesta a encontrar mi verdad.

Bajo sin saber que estoy descendiendo al infierno.

FELIZ ANIVERSARIO

La lluvia es un sollozo angustiado, las lágrimas golpean la ventana.
 —¿Eric? —Sus ojos vuelven a mí—. ¿Puedo ver lo que dibujaste?
 Mira los lápices de colores que dejé a su lado, sobre el sofá, y acaricia la hoja.

—¿Eric?

Su respiración se vuelve ligeramente pesada, la transpiración comienza a pegarle el cabello rubio a las sienes, su pie se mueve a un ritmo frenético.

—No... —masculla con voz grave.

—¿Eric? —hablo suave.

Inhala profundo y gira el cuello haciendo tronar sus huesos.

—¿Con quién estoy hablando?

—Joel.

Destapo la pluma que descansa entre mis dedos, la apoyo con firmeza sobre la libreta. Respiro con suavidad, intentando no pensar qué día es hoy. Tengo que concentrarme.

—¿Por qué estás tomando el mando, Joel?

Una risa fresca, un derroche de egocentrismo.

—¿Quiere a Eric más que a mí, doctora? —Tira la hoja y los lápices sobre la mesa de centro, se desabrocha algunos botones de la camisa y se deja caer sobre el respaldo.

—¿Algo te está molestando, Joel?

—Puf... —Suelta el aire, hace rodar sus ojos.

—Quiero que me digas qué te está molestando, Joel.

—Daniel.

—¿Daniel?

—Tiene que deshacerse de Betty.

Mi pluma traza un círculo alrededor de *Betty*.

—¿Deshacerse? ¿Cuál es el problema con Betty, Joel?

—Ella no nos entenderá.

—¿A quiénes?

—A todos. Va a dejarlo cuando conozca a cualquiera de nosotros y tendré que soportar las lágrimas del maricón. —La seriedad se adueña de su rostro—. A veces desearía que Daniel fuera más... fuerte. ¡Que me hiciera caso! Sé qué es lo mejor para nosotros. Lo sé.

Mis labios se abren, dejando escapar el aire apaciblemente. Afuera, la tormenta grita con fuerza, casi con tanta como aquella mente vulnerada enterra sus uñas en el sillón.

—¿Qué es lo mejor, Joel? ¿Qué es lo mejor para ustedes?

Un impulso violento dobla su cuerpo.

—¿Joel? —Imprimo calma en el tono de mi voz, en mi postura—.
¿Joel?

Abraza sus piernas y oculta la cabeza en ellas, meciéndose hacia delante y atrás.

—Mi cabeza... Mi cabeza duele muchísimo, doctora Brown. Ya no lo soporto.

—¿Eres tú, Daniel?

—Ya no lo soporto. Ya no lo soporto. Ya no lo soporto...



Troto, aunque estoy empapada. Me siento y cierro la puerta con furia.

—¿Qué le hizo la puerta, doctora?

Apoyo la cabeza en el respaldo, respiro por primera vez desde que amaneció.

—¿Un mal día?

Recobro la compostura, me siento derecha y abrocho el cinturón de seguridad.

—Una sesión intensa.

Pone el auto en marcha. El clima viste a juego con mi ánimo.

—¿Quieres contarme?

—Sabes que no puedo hablar de mis pacientes, Matt.

—¿Ni siquiera conmigo? —Me guiña un ojo zafiro—. En el cuerpo de policía estamos acostumbrados a la discreción, también es parte de nuestro trabajo.

—Podría contártelo si fuera una investigación y me llamaras como consultora, pero este no es el caso.

Sonríe, metiéndonos en el tránsito.

—Necesitas sacar toda esa tensión.

—Necesito llegar a casa, servirme una copa de vino y golpear mi saco de box por algunas horas.

—Iba a proponer algo donde el sudor fuera compartido...

—Hoy no, Matt. Hoy solo necesito entrenar un poco.

—¿Puedo ser espectador? Sabes cuánto me excita verte patear culos.

Niego. Miro por la ventana, la gente ajena a *esta* fecha; desearía tanto que solo fuera un día más en el calendario.

—Kalie, ¿es solo eso? ¿Solo un mal día? Puedes confiar en mí, lo sabes... ¿Kalie?

—Todo está bien, Matt. Nada que no pueda arreglarse con una buena noche de sueño.

El semáforo nos detiene, la visibilidad es menor a un kilómetro.

—Maldita niebla —masculla, limpiando el parabrisas.

—Odio la lluvia y los días nublados.

—Te mudaste a la ciudad equivocada, cielo.

—Me encanta Londres, solo... detesto la lluvia.

Costeamos Hyde Park y me preparo para bajar.

—¿Cenamos el viernes? —pregunta cuando estaciona frente al edificio donde vivo desde que soy Kalie. Kalie Brown.

—Déjame ver la agenda, te enviaré un mensaje.

Lo beso, tomo el maletín y abro la puerta.

—¿Beso en la mejilla? —Se inclina sobre el asiento del copiloto, dedicándome su sonrisa seductora—. ¿Hoy no hay nada más para mí?

Sonrío, siento cómo la lluvia pega la falda a mis piernas.

—Gracias por traerme, Matt. Descansa.

Maldigo a los estúpidos zapatos de taco aguja mientras corro bajo la tormenta, hasta que el calor del vestíbulo me recibe.

—Señorita Brown, ¿se olvidó el paraguas? —García, el conserje, pide el ascensor cuando me ve llegar. Es un cincuentón de la vieja escuela, caballero y atento.

—Esto pasa cuando sales de casa sin abrir la ventana primero.
—Me encojo de hombros cuando subo al elevador, me doy cuenta de que dejé un charco a cada paso.

—Buenas noches, señorita Brown. —Me sonrío y le devuelvo el gesto.

—Buenas noches, García.

Giro mi cuello mientras comienzo a subir, siento la tensión en cada movimiento. Bajo en el sexto piso, camino hasta el departamento B, abro las tres cerraduras y entro.

Enciendo un velador, ese que da la luz cálida que tanto me gusta.

Mis tacos suenan en el piso de madera hasta que los abandono de camino a la cocina. Me quito el traje empapado, anoto mentalmente llevarlo a la tintorería. Abro el aparador, saco una copa y aquella botella de vino argentino que reservo para días de mierda como este. Sirvo la copa hasta la mitad, a pesar de que sé que terminaré bebiendo del pico de ese cabernet sauvignon, cortesía del último viaje de mi hermano.

Camino descalza, en ropa interior y copa en mano. Me dejo caer sobre el sofá beige que domina la sala.

—Freud, mamá está en casa... ¿No vas a venir a recibirme? —Respiro silencio—. Gato gordo y antipático —susurro.

El elixir desaparece dejando mil demonios bailando en el borde de la copa.

Me levanto, dejo la copa sobre la mesa baja y camino hasta la habitación, el cuarto más grande del departamento. Freud está desparrado sobre mi cama.

—¿Un día muy duro? —Acaricio su pelaje gris y me responde con un ronroneo gustoso—. Voy a hacer un poco de ruido aquí, espero no molestarlo, señor Sigmund.

Enciendo el equipo de música, Rammstein comienza a sonar.

Ato mi cabello corto en una maraña de rulos rubios muy parecida a un moño bajo. Abro el armario, busco una calza y un corpiño deportivo, y me cambio. Encinto mis manos con paciencia y precisión, observo a Freud abandonarme. Es inteligente, sabe que vienen los gritos.

Camino hasta la bolsa de box, que cuelga del techo en una esquina de mi cuarto, y comienzo a golpear. Golpes cortos, calculados.

Siento la adrenalina en los músculos, el grito gestándose en mi garganta, nutriéndose de todos mis miedos.

Dos *uppercut*, una *low kick*, y estalla. Lo dejo salir y desgarrar mi garganta mientras golpeo esa bolsa una y otra vez con todo lo que fui, con todo lo que soy, hasta que mis nudillos duelen.

Una gota fría recorre mi espalda. Me dejo caer exhausta, deslizándome contra la pared, y me permito hacer lo que hago todos los diecisiete de junio, llorar hasta que el cuerpo diga basta.

Dejo el suelo cuando siento la nariz tan tapada que apenas puedo respirar. Apago la música, ya no necesito que amortigüe mis gritos.

Camino el pasillo a oscuras, llego a la cocina y me encariño con aquella botella quita penas.

Tres golpes secos suenan en el silencio.

Apoyo el vino sobre la isla mientras una extraña sensación me adormece el cuerpo. Este es el único departamento habitado del sexto piso. Nadie, jamás, toca mi puerta. Si García necesita algo, me lo comunica a través del portero eléctrico.

Lucho contra aquella emoción, atravieso la sala con pasos mudos. Freud me mira desde el sofá, atento a mis movimientos.

Observo por la mirilla de la puerta con el pulso latiéndome detrás de los oídos.

Nadie. No hay nadie.

Aguardo un instante con la mano aferrada al picaporte.

Silencio tenso y asfixiante.

Espero un poco más.

Abro.

Miro hacia los lados, el pasillo me devuelve la mirada vacía. Dejo escapar el aire que retuve sin darme cuenta. Estoy a punto de cerrar cuando lo veo. Un paquete. Una caja en el suelo.

Los dedos de mis pies se retuercen.

Levanto la caja, miro hacia los lados otra vez. Entro, cierro con llave y llevo el paquete a la cocina. Lo dejo sobre la mesa y me alejo. Lo observo a la distancia, pensando qué será, de quién será. Una idea fugaz llega a mi mente.

Frank, el joven músico del quinto piso, que no pierde oportunidad para buscarme conversación. Cuando el ascensor no funciona y bajo o subo por las escaleras, ahí está él. Cuando espero un taxi, ahí está él. Cuando lo cruzo en el vestíbulo, siempre intenta coquetear conmigo, sin importar mis amables rechazos.

Me acerco al portero eléctrico y aprieto el botón que me comunica directamente con el departamento de García.

—Diga —atiende con su tono afable de siempre.

—García, soy Kalie. Disculpe que lo moleste tan tarde, pero necesito hacerle una consulta —digo, sin dejar de mirar el paquete sobre la mesa.

—Señorita Brown, no es molestia. ¿Qué necesita?

—¿Alguien dejó un paquete para mí hoy? ¿De casualidad... usted acaba de dejarlo en mi puerta?

—No recibí ningún paquete hoy, señorita Brown. Solo cartas, y las reparto mañana.

Mi garganta se seca, mis ojos recorren la estancia.

—Gracias, García. Disculpe la molestia.

—Que descanse, señorita.

—Igualmente.

Me apoyo contra la pared sin dejar de observar la pequeña caja. Siguiendo el jodido impulso me acerco a la isla. Inspecciono el paquete a detalle. No hay tarjetas ni estampillas, nada. Solo una caja de cartón. La llevo a mi oído, nada suena dentro. La muevo un poco, pero es tan liviana que parece estar vacía.

Inhalo profundo y, a pesar del temblor de mis manos, la abro.

Un pequeño ramo de flores de lavanda.

Mis piernas se vuelven gelatina.

Las flores resbalan de mis manos.

Lágrimas comienzan a caer calientes y pesadas.

Allí, en el suelo, el mismo arreglo floral que un día como hoy, cinco años atrás, adornaba mis manos mientras daba el sí y le juraba amor eterno al más salvaje de los monstruos.

Corro en busca de mi celular y vuelvo a mirar por la mirilla mientras espero a que mi hermano responda.

Uno.

El pasillo vacío.

Dos.

Mi cabeza da vueltas.

Tres.

—Isabelle, ¿cómo estás?

—Creo que empezó otra vez.